

piens mansuetos Dominus (1). San Juan Crisóstomo explicando esta palabra: *suscipiens*, no es tan sólo, dice, *opem ferens, sed quod est longe majus., recreans, fovens, bajulans, et velut mater in ulnis portans*. Finalmente coronará tantos favores salvándonos y llevándonos á la gloria eterna: *Exaltabit mansuetos in salutem* (2). ¡Qué causa de alegría para los buenos Sacerdotes, que han aprendido de Jesús la ciencia práctica de la dulzura! *Audiant mansueti, et lætentur* (3).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La dulzura nos hace dueños de nuestro propio corazón*. Aquel en quien reina la dulzura gobierna á su antojo todas sus pasiones: resiste su indignación, aun cuando sea legítima, modera su celo, ahoga la venganza cuando aun no es más que una chispa. La dulzura somete por completo al hombre. ¡Oh! qué fuerte es bajo la apariencia de debilidad!

PUNTO SEGUNDO.—*La dulzura nos hace dueños del corazón de nuestros hermanos*. ¿Puede por ventura rehusarse el cariño á aquel que no se venga más que haciendo buenas obras? Mientras que la severidad cierra el corazón, la dulzura lo abre; si por completo no lo convierte, prepara las conversiones. De manera que para someter al mundo al Evangelio se necesitaba un cordero. *Emitte agnum dominatorem terræ*. Las conquistas de los hombres apostólicos son siempre proporcionadas á su dulzura: San Pablo, San Ambrosio, San Francisco de Sales le debieron sus principales triunfos.

PUNTO TERCERO.—*La dulzura nos hace dueños del corazón del mismo Dios*. No ama á Dios sino á aquello que se le asemeja; mas nada hay que acerque tanto al hombre á la divinidad como la dulzura: *Tu, Domine, suavis et mitis, et multe misericordie*. Las almas dulces le ofrecen la imagen viva de Jesu-

(1) Ps., XXIV, 9.

(2) Ibid., CXLIX, 5.

(3) Ibid., XXXIII, 3.

cristo, esplendor de su gloria. Por eso ha hecho tantas promesas á la mansedumbre; *Mansuetorum semper tibi placuit deprecatio.—Mansuetis dabit gratiam.—Docebit mites vias suas.—Dirigit mansuetos in iudicio.—Exaltabit mansuetos in salutem*.

MEDITACIÓN LVI

*Tercera cualidad del celo sacerdotal,
la prudencia: señales que la caracterizan*

- I. Condescendencia sin debilidad.
- II. Exactitud sin rigidez.
- III. Firmeza sin terquedad.

PRIMER PRELUDIO.—Representarse á Jesucristo en sus relaciones con el prójimo, practicando todas las virtudes en una medida tan perfecta que jamás una virtud perjudicaba á otra; tal era el afecto de su infinita prudencia.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pedir la gracia de conservar á ejemplo suyo en el ejercicio del sagrado ministerio un medio tan sabio que jamás pueda decirse que hay defectos en nuestras virtudes.

PUNTO I

El celo prudente es dulce sin que por esto sea débil

Cuando los fariseos preguntaron al Señor por que sus discípulos no observaban los mismos ayunos que los de Juan Bautista recibieron esta respuesta (1). «¿Los amigos del esposo pueden afligirse? ¿Conviene acaso que ayunen durante el tiempo que el esposo está con ellos? Esperad, que tiempo hay para todo. Así como hay verdades que aun no enseño á mis discípulos, porque son incapaces de entenderlas, también hay santas prácticas que todavía aun no es tiempo que les sean impuestas. Jamás se exige á aquel que comienza lo que es propio de los proficientes en ese camino. El Buen Maestro debe acomodarse á la

(1) Marc., II, 18.

poca capacidad del carácter que desea formar, como igualmente debe ponerse al nivel de los entendimientos que quiere ilustrar.» En este pasaje se ocupa Jesús de defender á sus discípulos contra el celo hipócrita que los ataca, y para esto no prohíbe el ayuno, sino que declara la necesidad que hay de observar, aún en las cosas de suyo buenas, las leyes de la prudencia. No los dispensa de la penitencia, antes por el contrario, les advierte que llegará el día en que se acabarán las bodas y les será quitado el esposo, y cuando eso suceda no solamente han de ayunar, sino que además llevarán una vida austera y mortificada... Se contenta pues con decirles que conviene acomodarse á su estado actual.

Así es como en todo se manifiesta la bondad y la sabiduría de Jesucristo: atrae por su condescendencia, hecho esto purifica, después perfecciona y más tarde presenta ocasión para practicar las más generosas virtudes. Grande es la lección que da á sus ministros. Quiere que se adapten á la flaqueza de sus hermanos, mas sin aprobarla; que se compadezcan de su ignorancia, sin que autoricen sus extravíos; que hagan algunas concesiones, sin favorecer su pereza; que mezclen el óleode la dulzura con el vino de la fortaleza; que moderen la justicia por la misericordia, la severidad por la clemencia. La virtud es difícil; por eso antes de todo es necesario procurar que sea amada. Mas á aquel que la ama, es menester darle ocasión para que merezca, ejerciéndola. Pero, Señor, ¿todos vuestros ministros marchan por este camino de sabia discreción? ¡Ay! ¡qué raramente sucede no ser duro reformando, ó débil tolerando!

PUNTO II

El celo prudente es exacto sin rigor

Los Sacerdotes que se inspiran en una política del todo humana, lejos de corregir las costumbres por las reglas, acomodan las reglas á las exigencias de las

costumbres más libres; sacrifican los principios, cuya aplicación remiten á otros tiempos. De ahí esa moral acomodaticia, esa perniciosa indulgencia matadora que falsamente dilata el camino del Cielo con menosprecio de los oráculos del Evangelio, que adormece cruelmente á los pecadores y los conduce á una tranquila impenitencia..... deplorable sistema es este de comprar la paz aun á costa de los deberes más sagrados. «El buen Sacerdote, adherido á las reglas de la moral y á los dogmas de la Fe, así como no transige con el error, tampoco transige con la relajación» (1). Sabe ser exacto sin mostrarse riguroso. Se guarda bien de exigir demasiado, de exigir sin examen, sin distinción de caracteres, de edades, de estado y disposiciones.

Esto es lo que nos enseña el Divino Maestro con las dos comparaciones de la tela nueva que se emplea para el reparo de una vestidura vieja, y del vino nuevo que se pone en vasijas ya usadas. En ocasiones, por ser demasiado prudente, se cometen locuras, ó imprudencias á lo menos. Al quitar sin maña la venda de una herida se corre el riesgo de aumentar el mal, ó tal vez se le hace incurable. ¡Cuántas almas, que ya caminaban por la senda de conversión, han vuelto á hundirse en el desorden á causa del rigor intempestivo de un director inflexible en materia de dudosas obligaciones! Por ser ciertas prácticas de penitencia muy útiles en sí mismas, ¿se ha de decir que son siempre convenientes para pecadores que vienen de lejos, y que apenas si están en los débiles comienzos de la vida cristiana? Con el rigor en casi todas las almas nada se consigue, y la mayor parte de las veces se corre el riesgo de perderlo todo, si se quiere sujetarles á una virtud perfecta: se pide demasiado y no se consigue nada: se quiere ser exacto y se cae en rigor.

Esforcémonos en conseguir ese temperamento prudente, por el cual se distinguen las condiciones, las

(1) Palabras de Mons. de Cheverus.

fuerzas y las circunstancias, sin llevar muy lejos los miramientos. ¿Qué necesito para preservarme de tantas imprudencias? Estudiar más el carácter de Jesucristo y seguir menos el mío.

PUNTO II

El celo prudente es firme sin obstinación

El celo sacerdotal, que no es otra cosa que la caridad en acción, necesita indudablemente de fuerza y energía: *Fortis ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulatio*. Nadie es menos á propósito para la vida apostólica que esos pusilánimes que sólo saben ceder cobardemente, siendo así que la resistencia es el más santo de los deberes y cuyo único apostolado es el del miedo y el silencio: *Noli quærere fieri iudex, nisi valeas virtute irrumpere iniquitates* (1).—*Ne formides a facie eorum..... Ego quippe dedi te..... in civitatem munitam* (2).—*Dedi faciem tuam duriores frontibus eorum. Ut adamantem et ut silicem dedi faciem tuam* (3). Hay circunstancias en las que el Sacerdote debe decir: *Mori possum, tacere non possum* (4).

Pero en sí mismo ¿hay algo más funesto que este vigor enérgico si no va dirigido por el espíritu de prudencia? No hay herejía que no sea hija de la obstinación; y ¡cuántos males no trae consigo en el gobierno de las almas! Un pastor que, contando demasiado con la pureza de sus miras, se obstina en hacer que todo se doblegue bajo su ley, y tiene por máxima invariable el no retroceder jamás, provoca choques y conflictos que acaban, á veces, por estallar en terribles explosiones. Lo menos que puede suceder es que se enagene las voluntades, creándose para sí propio obstáculos que le obligarán á abandonar su pue-

- (1) Eccli., VI, 7.
- (2) Jerem., I, 17, 18.
- (3) Ezech., III, 8, 9.
- (4) S. Hier.

to, ó á verse en la imposibilidad de hacer el bien en él. Es obra de prudencia el volver sobre sus pasos, cuando se ha ido demasiado lejos. Vale más el ceder por un instante á la tormenta hasta que pase, que el dejarse hundir por la tempestad.

He aquí, pues, la importante lección que la prudencia me aconseja en este asunto: no debo escuchar demasiado mis ideas, ni las de otros; debo reformar con frecuencia las mías por el buen ejemplo de otros y siempre he de ordenar unas y otras á las máximas y los ejemplos de Jesucristo. Mas para esto necesito, Señor, de vuestras luces, de ese placer seguro y recto que sólo puede darme vuestro espíritu: *Recta sapere*, necesito ese justo discernimiento que me dirija en el gobierno de mi vida toda y de mi ministerio. Necesito participar de esa divina sabiduría que es fuente de toda verdad, perfección de toda virtud; dádmela, Dios mío! para que ella sea siempre mi guía y mi consejo en el celo que ha de animarme cuando va de los intereses de vuestra gloria, de la salvación de las almas y de mi propia santificación: *Da mihi sedium tuarum assistricem sapientiam... Mitte illam de cælis sanctis tuis..., ut mecum sit et mecum laboret, ut sciam quid acceptum sit apud te* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El celo prudente es tolerante sin ser débil*. Estudiemos nuestro modelo. Preguntaban á Jesucristo los fariseos por que los discípulos de Nuestro Señor no observaban los mismos ayunos que los de San Juan Bautista. Tiempo habrá para todo. También ayunarán los discípulos del Salvador; pero ante todo preciso era que El se acomodara al estado en que se hallaban sus discípulos. Un maestro prudente se acomoda siempre tanto en las lecciones que enseña como en las obligaciones que impone á las condiciones de aquellos á quienes instruye y á quienes trata de formar en la virtud. Todo buen Sacerdote debe pues, acomodarse á la debilidad de sus hermanos sin que por esto la adule ó lisonjee. Cierzo

(1) Sap., IV, 9, 10.

que la virtud es difícil y así primero urge hacerla amar, y á los que ya la aman darles ocasión de practicarla.

PUNTO SEGUNDO.—*El celo prudente es exacto sin ser rígido.* El buen Sacerdote, teniendo por norma las reglas de la moral y los dogmas de la Fe, ni transige con la relajación ni con el error: pero si ha de ser exacto debe alejarse del rigorismo. Esto es lo que nos enseña Jesucristo con la doble comparación del paño fuerte y del vino nuevo. Cuando se pide con exceso suele no obtenerse nada.

PUNTO TERCERO.—*El celo prudente es firme sin obstinación.* Nadie menos apto para la vida apostólica que aquellos espíritus apocados y débiles que siempre ceden aún en aquellos momentos en que resistir es un deber. Hay circunstancias en que el Sacerdote debe decir: *Mori possum, tacere non possum.* Pero nada también más funesto que la energía que no esté dirigida por la prudencia. La obstinación y terquedad han sido la causa de todas las herejías. Es verdadero sabio quien sabe volver sobre sus pasos, cuando ha avanzado demasiado «*Da mihi sedium tuarum assistricem sapientiam.*»

MEDITACIÓN LVII

*La unión de la sencillez y de la prudencia
en el hombre apostólico*

- I. Sed sencillos en vuestra prudencia.
- II. Sed prudentes en vuestra sencillez.

Después de haber dicho el Salvador á sus apóstoles que los enviaba como ovejas en medio de lobos, añade enseguida á manera de consecuencia: *Estote ergo prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbae* (1). No les recomienda ni la prudencia ni la sencillez aisladas sino ambas virtudes, la una perfeccionada por la otra. La reunión de estas dos virtudes forma el carácter distintivo del hombre apostólico.

(1) Matth., X, 16.

PUNTO I

El hombre apostólico ha de ser sencillo en su prudencia

Para convencerse de esto es necesario tener una idea cabal de la sencillez evangélica y de los vicios que le son contrarios. La sencillez es, por decirlo así, la sinceridad de la inocencia y el candor de la humildad. Según San Juan Climaco, es el hábito del alma que rechaza toda doblez, toda corrupción de espíritu y de corazón; porque una es la sencillez del espíritu y otra la del corazón. El espíritu sencillo en cuanto á devoción sólo tiene un pensamiento: Dios es su único objeto. El corazón sencillo no tiene otro deseo que el cumplimiento de la divina voluntad. Esa es la intención pura, el *oculus simplex*, que sólo mira á Dios. Por esta doble sencillez y solamente por ella llegaremos á la unidad, término de la caridad: *Ut sint consummati in unum.* La doblez es la ciencia de los demonios, porque habiendo perdido la verdad y la humildad se esfuerzan en despojar de ellas á los hombres, engañándoles: *Serpens decepit me.* La hipocresía nace de la doblez, la rectitud es hija de la sencillez. El alma sencilla es enemiga de todo artificio, de todo embozo; es tan sincera en sus acciones como libre de ficción y embuste en sus palabras: el dolo y artificio son desconocidos para ella. Esta es la virtud que Jesucristo exigía á sus apóstoles, cuando poniéndoles delante un pequeñuelo declaró que, si no trabajaban hasta hacerse semejantes á él, no entrarían en el Reino de los Cielos.

Herederó el Sacerdote del espíritu y de las obligaciones de los apóstoles, debe sobresalir también en sencillez, tanto como en humildad, en inocencia y en la semejanza respecto de Dios; porque nada hay más sencillo que el espíritu de Dios. Desde toda eternidad tiene El sólo un pensamiento, sólo un amor; lo dice todo en una palabra, que es su Verbo. Esta palabra no es otra que la verdad. *Ego sum veri-*

tas. Si el Sacerdote debe ser, pues, la imagen de Dios en un grado más alto de perfección que los fieles, debe ser también más sencillo. Sencillez en su fe, en su confianza, en su amor, en sus relaciones con el prójimo, evitando todo cuanto pueda parecer siquiera doblez y engaño. Dios se complace en bendecir á los corazones así dispuestos: *Quam bonus Israël Deus his qui recto sunt corde!* (1).—*Generatio rectorum benedictur..... Exortum est in tenebris lumen rectis* (2).—*Habitabunt recti cum vultu tuo* (3).—*Scio, Deus meus, quod probes corda, et simplicitatem diligas* (4).—*Spiritus sanctus disciplinae effugiet fictum* (5).—*Simulatores et callidi provocant iram Dei* (6).—*Abominatio Domini est omnis illusor, et cum simplicibus sermocinatio ejus* (7). ¿Qué otra cosa fueron los apóstoles y los mártires sino hombres llenos de sublime sabiduría, de valor heroico sin dejar de ser sencillos como niños? ¿Qué admiramos en los Vicente de Paúl, en los Francisco de Sales, y en tantos otros que han sido honor del Sacerdocio, sino esa prudencia celestial acompañada de todos los encantos de la más amable sencillez?

PUNTO II

El hombre apostólico debe ser prudente en su sencillez

Un buen Sacerdote, sobre todo si es joven y de carácter impetuoso, no puede guardarse bastante de los impulsos de un celo irreflexivo. Dotado de fervorosa piedad, animado de las más santas intenciones, pero sin conocimiento del mundo, se excita con facilidad al ser testigo de los desórdenes que ve. ¿Se le podía imputar como crimen lo que no es más que

- (1) Ps., LXXXII, 1.
- (2) Ibid., CXI, 2, 4.
- (3) Ibid., CXXXIX, 14.
- (4) I Par., XXIX, 17.
- (5) Sap., I, 5.
- (6) Job., XXXVI, 13.
- (7) Prov., III, 32.

testimonio de su inocencia? El ejercicio del sagrado ministerio no le ha iniciado todavía en los tristes misterios de la perversidad humana. La caridad de Jesucristo le estimula; tiene hambre y sed de la salvación de las almas; ¿cómo, pues, no ha de alarmarse ante la inmoralidad y la corrupción siempre crecientes? El amor al bien es odio para el mal. Se impaciente por el poco fruto de sus esfuerzos; la indignación le arrastra..... Estalla en reproches. Su hirviente actividad combate las preocupaciones, las ahuyenta al parecer.... se trastorna y sin darse cuenta de ello sustituye con la actividad de la pasión el celo de la fe. El verdadero celo, aquel que inspira y gobierna al propio tiempo el Espíritu Santo, observa antes de obrar, y no procede sino con prudente lentitud. Dice con San Vicente de Paúl: «Aguardemos los momentos de la Providencia sin precipitar su paso, para no usurpar su acción.»

La sencillez humilde y prudente se consagra á vigilar sus propios actos, á descubrir los lazos que se le pudieran tender; estudia los hombres y las circunstancias, combina sus planes. ¡Oh! ¡Cuán necesario es, que en un obrero evangélico sea la prudencia el ojo del corazón! Impetuoso en el deseo del bien, como en todo lo demás, el corazón se precipita hacia aquello que le presenta su imagen; pero la prudencia modera su ardor, le alumbra, le muestra el camino; ella preside en los designios, dicta los discursos, dirige los pasos..... San Bernardo la llama *moderatrix et auriga virtutum* (1). Sin ella, el celo, la virtud más útil en el mundo, no sólo pierde su eficacia, sino que llega á ser un vicio, y á veces de los más funestos: *Tolle hanc, et virtus vitium est. Zelus sine scientia plerumque perniciosus est* (2).

Con frecuencia ha bastado una sola imprudencia para impedir conversiones, para agitar y escandalizar á una parroquia; para comprometer todo el por-

- (1) Serm., XLIX, *in Cant.*
- (2) Ibid.

venir de un Sacerdote en el cual fundaba la Iglesia legítimas esperanzas. ¡Ah! ¡de cuánto consuelo sirve en medio de las penas inseparables del ministerio sacerdotal, el poder dar de sí propio este testimonio: Nada he hecho con ligereza; he fortalecido mis proyectos por la reflexión, he consultado...; si el éxito no ha correspondido á mis deseos, no por eso he cumplido menos la voluntad del Señor! *Scientia sanctorum prudentia* (1).—*Dux indigens prudentia, multos opprimet* (2).

Sabio, pues, y al propio tiempo muy feliz, es el pastor de almas que junta á la prudencia de la serpiente la sencillez de la paloma. Unión rara aunque necesaria; la veréis en mí, Señor Jesús, si yo procuro que mi vida se conforme con la de vuestros Sacerdotes santos y principalmente se amolde á la vuestra: *Altus gradus prudentiae est ordinare vitam secundum exempla sanctorum, altissimus ordinare secundum exemplum Christi* (3) Aceptad y bendecid, como frutos de vuestra gracia, el ardiente deseo que tengo y la resolución que formo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El hombre apostólico debe ser sencillo en su prudencia.* Para convencerse de esto, basta tener idea cabal de la sencillez cristiana y de los vicios que le son contrarios.—El espíritu sencillo sólo tiene un pensamiento, Dios es su objeto; el corazón sencillo no tiene otro deseo que el cumplimiento de la voluntad divina. Se oponen á esta virtud la doblez y la hipocresía. El alma sencilla es enemiga de todo disfraz. Jesús muestra su imagen en el pequeñuelo que propone por ejemplar á los apóstoles y á todos los Sacerdotes, herederos de sus obligaciones. Sencillez en la Fe, en la confianza, en las relaciones con el prójimo. Dios se complace en bendecirla:

- (1) Prov.; IX, 10.
- (2) Ibid., XXVIII, 16.
- (3) S. Bonav.

Quam bonus Israël Deus his qui recto sunt corde.—Generatio rectorum benedicetur.

PUNTO SEGUNDO.—*El hombre apostólico ha de ser prudente en su sencillez.* No es posible guardarse bastante de los impulsos de un celo irreflexivo. Observemos antes de obrar. Aguardemos los momentos de la Providencia sin precipitar su paso. No siempre son los instantes de la gracia los de nuestra impaciencia. Importa que en el Sacerdote sea la prudencia el ojo del corazón. Sin esta virtud el celo se trueca á veces en los más funestos vicios: *Scientia Sanctorum prudentia.*

MEDITACIÓN LVIII

La constancia es la cuarta cualidad del celo sacerdotal

I. Las contradicciones no deben hacer vacilar á un buen Sacerdote.

II. Por el contrario deben fortalecerlo en sus propósitos.

PUNTO I

Las contradicciones no deben jamás quebrantar la constancia del celo

Abandonar la obra de Dios, renunciar á una empresa que entra evidentemente en los designios de la Providencia ó trabajar en ella con menos ardor porque encontremos dificultades, es desconocer la naturaleza del verdadero celo: *Patiens est...., omnia sperat, omnia sustinet*, esta es la constancia. Al entrar en la milicia sagrada, el buen Sacerdote ha previsto continuados combates en los que no será alcanzada la victoria sino por el que esforzado perseverare. Si el Hombre-Dios, á pesar de su prudencia infinita, y de su maravillosa dulzura no ha podido cumplir su misión de otra suerte que siendo el blanco de todo género de contradicciones (1), ¿cómo nosotros tan

- (1) Luc., II, 34.